

Introducción

Escribir una introducción para este libro no es tarea fácil, pues su contenido está concebido para historiadores y periodistas. Dos profesiones que parecen incompatibles, en la práctica no lo son, pues ambas, desde su punto de vista, quieren interpretar y explicar los procesos pretéritos. La prensa, cotidianamente, selecciona y explica numerosos episodios, creando para el público una construcción mediática de la realidad (Piñuel, Gaitán y Lozano, 2013). Por consiguiente, al plantearnos el estudio de un acontecimiento, con toda seguridad, la metodología empleada por los investigadores del acontecer, a grandes rasgos, será muy parecida. Asimismo, esta similitud se trasladaría, incluso, al conjunto de las fuentes de información, que suelen tener el mismo origen, y a las técnicas del análisis documental, que apenas difieren.

Ahora, tras este primer párrafo, surgen nuevas disyuntivas, que miran a la Historia y a la Ciencia como conceptos. Mucho se ha debatido y escrito al respecto (Braudel, 1974. Suárez, 1977), por lo que no es materia de este trabajo. Sin embargo, no sobrarían algunas líneas aclaratorias al respecto.

Desde que el matemático francés Augusto Comte (1798–1875) comenzase a utilizar el concepto de «ciencia social», la Historia como estudio del pasado se vio influida enormemente, hasta el punto que los primeros historiadores académicos se pueden calificar como de positivistas. Con Leopold von Ranke, historiador alemán del siglo XIX, a pesar de las muchas críticas que recibió posteriormente, su “historia de los acontecimientos”, la Historia adquiere rango académico de disciplina universitaria que ha mantenido hasta nuestros días.

A nadie se le escapa que la Historia es más que una disciplina académica porque sus acontecimientos contribuyen a formar la cosmovisión de las personas, de ahí que sea tan importante la reflexión sobre el pasado que se ha lle-

vado a cabo desde antes de que la Historia adquiriera el mencionado rango académico y que ser historiador fuera una profesión. Por ello se ha mezclado la reflexión sobre la función de la Historia tanto de los primeros estudios del pasado, incluso de la Grecia Clásica, con historiadores actuales, porque esta reflexión se puede decir que es metahistórica, en el sentido que va más allá del propio contenido científico de la disciplina.

A Herodoto de Halicarnaso (485–420 a.C.) se le atribuyen, no tanto la definición, sino una aproximación a lo que debe ser el objeto de la Historia, que «se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de griegos como de los bárbaros» (Herodoto, *Historiae*). Cuando Herodoto cita el término Historia implica dos puntos de vista, la realidad en la que el hombre está inmerso, junto a su identificación, el registro y la investigación; es decir, cosas sucedidas y relación de aquellas (Aróstegui, 2001: 28). Sin embargo, para Aristóteles (445–385 a.C.), pensando en Herodoto, la Historia tiene ciertos límites, marcados por el propio modo indicativo de la narración, pues esta solo puede aportar una descripción detallada de lo real pasado, por lo que llega a despreciarla como género. Aristóteles marcando su descrédito al establecer la diferencia entre el historiador y el poeta, el primero «relata lo que ha sucedido, y el otro lo que podría haber acontecido. De aquí que la poesía sea más filosófica y de mayor dignidad que la historia, puesto que sus afirmaciones son más bien del tipo de las universales, mientras que las de la historia son particulares» (Aristóteles, *Poética* IX). «Una historia tiene que tratar no con una acción, sino con un período y todo lo que aconteció en él a una o más personas, por desconcertantes que hayan sido los diversos sucesos. De igual modo que dos acontecimientos pueden suceder al mismo tiempo, por ejemplo, la batalla naval en Salamina y el enfrentamiento con los cartagineses en Sicilia, sin concordar en el mismo fin, así también en determinada secuencia de tiempo dos hechos pueden seguirse uno al otro sin producir un resultado único. No obstante, se puede decir que la mayoría de nuestros poetas épicos ignoran esta distinción» (Aristóteles, *Poética* XXIII). Sin embargo, cuando Aristóteles se enfrenta al estudio de la naturaleza, emplea la palabra historia para referirse al conocimiento empírico (Suñol, 2000). Precisamente, la Historia es indagación, memoria y verdad (Cicerón, *De Legibus* I, 1).

A partir de los clásicos F. Moradiellos hace una interesante reflexión. La materia de la Historia no es el pasado, sino las reliquias de aquel que perviven

en nuestro presente. Es decir, que el historiador reflexionara sobre el pasado a través de vestigios, como los documentos, la prensa, las monedas, las obras de arte, el urbanismo, etc. «La primera tarea del oficio del historiador es descubrir, identificar y discriminar esas reliquias dispersas, que pasarán a ser las pruebas, evidencias y fuentes informativas primarias sobre las que levantará su relato, su construcción narrativa del pasado histórico» (Moradiellos, 2008: 13–14).

El historiador, «antes de ser un narrador de relatos verídicos, es necesariamente un investigador que busca informarse» (Louis, 1955: 41). El investigador desarrollará los criterios que le permitan identificar los vestigios, las fuentes, que aporten los criterios relevantes para la reconstrucción del pasado. Y, a partir de aquí, tendrá que plantear si quiere limitarse a una exposición erudita o necesita entrar en el fondo de los acontecimientos.

Como planteo Cicerón (106–43 a.C.), es el historiador el que debe buscar y encontrar la verdad histórica, pues es «¿Quién puede exhortar con más vehemencia a la virtud; quien censura los malvados con mas aspereza; quien elogia tan magníficamente a los buenos; quien reprende y acusa los desórdenes; quien consuela mejor la tristeza? La historia misma, testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad, ¿con qué voz habla a la inmortalidad sino con la voz del orador?» (Cicerón, *De oratore* II, 35–36).

El diálogo entre los clásicos marca dos territorios, el de la propia Historia y entre quienes la escriben. Para empezar la Historia se entiende y cataloga como un género literario. Este es el motivo por el que Aristóteles le parezca aburrido y sin posibilidad de artificio. Se ciñe demasiado a la realidad. Isidoro de Sevilla (556–636), influyente intelectual de la época, ideólogo de la monarquía visigoda e historiador, sigue catalogando a la Historia como un género literario. Aunque es elocuente en su definición:

«Historia es la narración de hechos acontecidos, por la cual se conocen los sucesos que tuvieron lugar en tiempos pasados. El nombre de historia deriva de en griego de *historeîn*, que significa “ver” o “conocer”. Y es que entre los antiguos no escribían historia más que quien había sido testigo y había visto los hechos que debían narrarse...esta disciplina se integra en la gramática porque a las letras se confía lo que es digno de recuerdo» (Isidoro de Sevilla, *Etymologiarum* I, 41).

Para Isidoro, la gran utilidad de la Historia es contar los «acontecimientos humanos de pasadas épocas para enseñanza del momento presente» y fija los «hechos verdaderos» (Isidoro de Sevilla, *Etymologiarum* I, 43–44). La última gran aportación de este ilustre visigodo fue su categorización con respecto a los distintos tipos de Historia: *efemérides*: acontecimiento de un día; *calendarios*: los acontecimientos se registran mes por mes; *anales*: reseña de los acontecimientos de cada año; *historia*: abarca largos periodos de años y época. Es interesante anotar la diferencia entre los dos últimos tipos, pues mientras que a los anales se reservan los hechos antiguos, los no vividos, aquellos de los que no hemos sido testigos, y por lo tanto se escriben por referencias; para la historia, sus autores deberían ser testigos de los acontecimientos, pues de alguna manera son notarios que dan fe de los acontecimientos (Isidoro de Sevilla, *Etymologiarum* I, 44).

Cumplir con esta pesada responsabilidad no es tarea sencilla. El investigador, como propone Cicerón, es la conciencia de la sociedad en la que vive y para ella trabaja. La Historia es la consecuencia de la evolución de dicha sociedad, que como es lógico cuenta con claroscuros.

Sin embargo, el historiador no puede aislarse de las corrientes históricas (Bourdé y Martin, 1983. Morales Moya, 1983). Y aunque nadie le empuja a posicionarse, tiene la obligación de percibir los fundamentos metodológicos, las principales temáticas y las conclusiones propuestas. Un buen conocimiento de los planteamientos filosóficos de la Historia, pueden convertirle en excelente observador de su entorno. La lectura acertada de la literatura historiográfica, nos ayudara a formarnos como historiadores, pues nos enseñara el camino para encontrar las herramientas que necesitaremos como investigadores.

En la segunda mitad del siglo XIX surgen dos corrientes histórico filosóficas yuxtapuestas. El positivismo y el materialismo. Emerge como respuesta a una crucial encrucijada histórica gestada a partir de la Revolución Francesa, de la nueva Europa surgida tras las Guerras Napoleónica, con la Revolución Industrial de fondo y las distintas corrientes de pensamiento filosófico ideológico, como los trabajos del historiador escocés David Hume (1711–1776), del francés Henri de Saint-Simon (1760–1825), primer teórico de la sociedad industrial y para algunos debe incluirse entre los primeros socialistas utópicos, o el idealismo alemán de Immanuel Kant (1724–1804) (Kant, 2006).

Compte fue quien utilizó por vez primera el término positivismo, mediante la publicación de dos magnos tratados *Curso de filosofía positiva* (1830–1842) y el *Sistema político positivo* (1851–1854). La construcción de esta tendencia filosófica terminaría por definirse a lo largo de varias etapas, gracias a las aportaciones del inglés John Stuart Mill (1806–1873), el austriaco Ernst Mach (1838–1916) o de los también francés Pointcaré Henri (1854–1912). La corriente positivista se centra en los hechos y para ello se apoya en las ciencias empíricas, marginando las ideas y las construcciones teóricas o filosóficas. Se posiciona frente al empirismo histórico, que observaba la historia desde un saber erudito no analítico. Comte expone en su *Discurso*, que «con esa vana erudición que acumula hechos maquinalmente sin aspirar a deducirlos unos de otros... Así el verdadero espíritu positivo consiste, ante todo, en ver para prever, en estudiar lo que es a fin de concluir de ello lo que será, según el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales» (Comte, 2000). Posteriormente, otros de los máximos representantes de la corriente, los franceses Charles Victor Langlois (1863–1929) y Charles Seignobos (1854–1942), quienes desarrollaron una propuesta metodológica de investigación en el trabajo conjunto *Introducción a los estudios histórico*, editado en 1898, proyectaban sus objetivos en el establecimiento de los hechos, excluyendo todo aquello que no fuera verificable mediante los documentos.

El materialismo histórico, o concepto materialista de la historia, es el resultado de una serie de trabajos publicados por los alemanes Karl Marx (1828–1883) y Fiedrich Engels (1820–1895), entre otros objetivos se pretende la crítica a las formas de explotación introducidas por el capitalismo y potenciadas por la industrialización (Vilar: 1975. Fontana, 1982). Entre los trabajos identificamos la obra conjunta, *La ideología alemana*, de 1846 (Marx & Engels, 1992), el primer libro de *El capital*, 1867 (Marx, 2010b), pero sobre todo el prefacio del propio Marx a la *Contribución a la crítica de la economía política*, editado en 1859 (Marx, 2010a):

«El resultado general al que llegué y que una vez obtenido sirvió de hilo conductor a mis estudios puede resumirse así: en la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden

determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia».

Esta concepción de la historia muestra la evolución humana a través de unas etapas de progreso, junto a las relaciones que se establecen entre los hombres que participan en el proceso productivo (Fontana, 1982: 149). En definitiva, esta corriente se aproxima a los acontecimientos a través de los factores materiales, de los procesos reales, que condicionan la realidad humana. «Mantén la misma pretensión de racionalidad universal e idéntico interés por la reflexión sobre la actualidad. Pero la fundamentación materialista ponía énfasis en las leyes socio-económicas que determinan el curso de la historia. Y su vertiente crítica afirmaba la necesidad histórica de los cambios sociales revolucionarios. El materialismo histórico quiso ser una ciencia social histórica, es decir, un intento de ir más allá de la historia filosófica, del historicismo y del positivismo científico» (Ruiz Torres, 1992–93: 161).

La corriente de *Annales* surge con la fundación de una revista de la mano de los historiadores franceses Marc Bloch (1886–1944) y Lucien Febvre (1878–1956). La citada escuela no debe desgajarse de ambiente que viviría Europa durante aquellos años, como los efectos generados tras el final de la Primera Gran Guerra o durante el periodo de entre guerras. En 1929 nace *Annales d'histoire économique et sociale*, hoy bajo el título *Annales. Histoire. Sciences sociales*. Los seguidores de esta corriente tienen en cuenta otras ciencias, como la Antropología, la Sociología, la Psicología Social, la Economía, la Geografía, etc., y se guían por la búsqueda y ampliación de los temas de estudio, superando las anteriores perspectivas históricas excesivamente centradas en la política o en las guerras. Bloch, quien curiosamente había tenido como maestro Charles Seignobos, y Febvre «renovaron la historia a través de una crítica de las prácticas de investigación que condujo a los historiadores a explicar sus métodos y también su problemática», junto a la reflexión sobre el papel que debe desempeñar el historiador y la ciencia en el mundo moderno (Burguière, 2009: 28). De alguna manera, *Annales* es una contraposición al Positivismo, fundamentalmente en lo social y en lo económico, pero sobre todo, con una perspectiva diametralmente opuesta con respecto al empleo de las fuentes. Una de las obras de referencia es el trabajo inacabado de Bloch, aunque editado por Febvre en 1949, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (Bloch, 2001).

La memoria colectiva ayuda a corregir los errores, ensalzando y fomentando los valores que la sociedad ha generado. «Una humanidad –global o parcial– que no tuviera ninguna conciencia de su pasado sería tan anormal como un individuo amnésico» (Vilar, 1980). «El historiador desarrolla siempre una actividad de selección con vistas a una interpretación» (Maravall, 1958: 82).

El historiador, aunque es juez y parte, será vehemente, pero justo, despiadado con la verdad, pero conciliador. Toda sociedad es el resultado de una sucesión de hechos, de tomas de decisiones, de coherencias e incoherencias, se mueve por impulsos internos, pero también por influencias exógenas. La sociedad está obligada a conocer su pasado y asumirlo, aprender, mirar hacia adelante y fortalecer sus vínculos como grupo. La Historia debe unir y no separar. Los investigadores nunca pensamos que cuando iniciamos la formación como tales, adquirimos un fuerte lazo con respecto al grupo. Conquistamos la responsabilidad de convertir nuestro trabajo, nuestro objeto de estudio, en una pequeña parte de la memoria, de la conciencia colectiva. Sin embargo, esto no es siempre así, pues otros intereses parecen debilitar y romper este sagrado vínculo. «La historia se nos presenta, al igual que la vida misma, como un espectáculo fugaz, móvil, formado por la trama de problemas, intrincadamente mezclados y que puede revestir, sucesivamente, multitud de aspectos diversos y contradictorios. Esta vida compleja ¿cómo abordarla y como fragmentarla a fin de aprehender algo? Numerosas tentativas podría desalentarnos de antemano» (Braudel, 1974: 25).

La Historia se puede descifrar con distintos procederes, de manera descriptiva, siguiendo el orden cronológico que se opone al método analítico. Se analizan los acontecimientos, entendiendo estos como el conjunto de hechos ordenados en el tiempo, por esta circunstancia habla del modelo descriptivo cronológicos (Bloch, 1999: 14–15). La Historia se fija en los acontecimientos comunes o en los individuales, es síntesis o es una técnica de reunir datos y documentos para luego exponerlos cronológicamente. En cualquier caso la Historia tiene que estar por encima del individualismo de los hechos (Maravall, 1958: 70 71). «Los hechos solo hablan cuando el historiador apela a ellos: él es quien decide a qué hechos se da paso, y en qué orden y contexto hacerlo. Si no me equivoco, era un personaje de Pirandello quien decía que un hecho es como un saco: no se tiene de pie más que si metemos algo dentro... Es el historiador quien ha decidido, por razones suyas, que el paso de aquel

riachuelo, el Rubicón, por César, es un hecho que pertenece a la historia, en tanto que el paso del Rubicón por millones de otras personas antes y después, no interesa a nadie en absoluto» (Carr, 1989: 15).

El historiador M. Tuñón de Lara como introducción a su trabajo sobre el siglo XIX español incluiría un capítulo de carácter metodológico, en el que aporta interesantes reflexiones sobre el concepto de Historia y las responsabilidades científicas del historiador:

«Ni la historia es hoy un simple relato, por atractivo que éste pudiera ser, ni el historiador puede ser alguien que cuente los hechos; ni tampoco un enumerador de fuentes, sin articularlas entre sí y en conexión con los hechos de que ha dejado constancia. El historiador tiene que buscar para lograr la materia prima; tiene que estructurar esa materia con arreglo a modelos, lo que servirá a la experimentación de la hipótesis; las hipótesis pueden ser comprobadas o desmentidas y, en numerosos casos, subsistir con un amplio margen de probabilidad o certidumbre. Pero todo ese proceso de trabajo histórico tiene que exponerse al escribir la historia o al enseñarla: los textos, los documentos, las crónicas, los testimonios, las memorias, las estadísticas, las actas, las reseñas, etc., deben ser expuestos en la medida de lo posible, así como su utilización y el inevitable juicio crítico que el historiador realiza al manejarlos, compulsarlos, etc.

El historiador debe apoyarse en el inmenso patrimonio de las adquisiciones anteriores a las que puede añadir las suyas propias...; la historia, si quiere ser o aproximarse a un conocimiento científico, es labor de todos, que exige intercambio, el trabajo en equipo, el esfuerzo colectivo» (Tuñón de Lara, 1978: 11-12).

Desde cualquier perspectiva que observemos la Historia, es imprescindible hablar de la formación, de instruir en el oficio del historiador, de enseñar la teoría y el método de investigación. Para empezar, la primera reflexión sería la definición del objeto de estudio, y la segunda, programación y orden.

«Historia es la ciencia que trata de describir, de explicar y de comprender los fenómenos de la vida, en cuanto se trata de los cambios que lleva consigo la situación de los hombres en los distintos conjuntos sociales, seleccionando aquellos fenómenos desde el punto de vista de sus efectos sobre las épocas sucesivas o de la consideración de propiedades típicas, y dirigiendo su atención principal sobre los cambios que no se repiten en el espacio y en el tiempo» (Bauer, 1970: 38).

El investigador, si se conforma con la simple erudición, no podrá cumplir con el objetivo de la Historia. Para comprender e interpretar los acontecimientos deberá remover, con honradez, sus raíces. Este requisito solo será factible cuando desarrolle la gran capacidad por la investigación, que compagina la lógica, el razonamiento y la síntesis, unido todo con una precisa capacidad divulgadora.

Como hemos visto en los párrafos anteriores, para el investigador es imprescindible conocer, no solo la Historia de la Historiografía, sino las tendencias historiográficas actuales. El debate historiográfico no es estéril, pues empuja a los historiadores a un mejor manejo de la disciplina, a la utilización de argumentos y a los procedimientos lógicos. En el fondo de todo enfrentamiento científico, el historiado demostrará, por un lado, un dominio de la metodología, por otro el conocimiento de las fuentes y, siempre, una capacidad de analizar los acontecimientos y de sintetizar los fenómenos.

Como es lógico, sobre el concepto de Historia, su periodización y sus métodos la discusión es una constante, tanto desde la perspectiva de los historiadores, como desde las escuelas (Vogt y Pérez Corral, 1974. Braudel, 1974. Suárez, 1977. Martínez Roda, 2008). Incluso, teniendo en cuenta la literatura publicada sobre este tema, muy extensa, en sí misma, sería un argumento muy apropiado para el debate, y por tanto, necesitaría un análisis monográfico independiente.

Pero todas estas reflexiones que conviene tener presentes, poco o nada dicen del estatus científico de la Historia, y por extensión de las demás Ciencias Sociales. De ahí que al final de esta introducción sea necesario un comentario sobre la científicidad de la Historia y del método científico que le es aplicable, porque precisamente las técnicas y métodos de investigación que viene a continuación tiene sentido si se tiene una concepción “científica”.

Seignobus, en la introducción de su tratado *La méthode historique appliquée aux sciences sociales*, publicado en 1901, indicaba que el método histórico era el método utilizado para construir la Historia y se empleaba para determinar científicamente los hechos históricos. La Historia analiza cierta categoría de hechos, los hechos históricos, y lo hace mediante un método apropiado a la naturaleza de los hechos. En ellos el protagonista es el hombre. Sus actos han dejado “huellas” directas, como los objetos materiales, o indirectas, los docu-

mentos escritos por los testigos. Para él, el método histórico es la revisión de dichos documentos para determinar los acontecimientos. Nunca podremos observar directamente los hechos, ya que lo haremos indirectamente tras el análisis razonado de las fuentes. La Historia será una ciencia de la observación, esencialmente ligada al razonamiento. Por tanto, el procedimiento es un método indirecto por razonamiento.

Siguiendo su explicación, ahora le llega el turno a las Ciencias Sociales o ciencias que estudian los hechos sociales, aquellos que se producen en la sociedad, como los hábitos humanos de cualquier tipo (lengua, costumbres, alimentación, vestimenta, viviendas, ceremonias, entretenimiento, etc.), los fenómenos mentales (arte, ciencia, religión, filosofía, ética), las instituciones políticas o económicas. Por lo que depende, de una serie de ciencias, como la Estadística, incluida la Demografía, o la Economía, con su historia y sus doctrinas.

A priori, aunque las Ciencias Sociales observan directamente los fenómenos, en la práctica, dicha observación queda limitada a una franja muy estrecha. Sin embargo, para llegar un conocimiento adecuado, acudirán al método indirecto, al documento, y este, en toda su dimensión puede ser estudiado mediante el método histórico. Por consiguiente, el método histórico es el adecuado, incluso para analizar las fuentes contemporáneas. Más aún, las Ciencias Sociales no estudian fenómenos estáticos, estos evolucionan. Todo fenómeno social tiene un pasado “histórico” que debe ser examinado (Langlois y Seignobus, 1992. Simiand, 1960. Braudel, 1974). «Ainsi, il faut appliquer d’abord la méthode historique aux sciences sociales, pour interpréter les documents, dont on a besoin dans tous les cas où la connaissance ne peut être qu’indirecte (et en pratique presque tous les faits des sciences sociales sont recueillis par la méthode indirecte). –Puis, quand les faits sont réunis, il faut pour les grouper suivre une méthode identique à celle de l’histoire, car il s’agit de former un ensemble avec des faits recueillis presque tous par des procédés historiques» (Seignobus, 1909: 1–15).

Métodos y técnicas de investigación

1. El objeto de la investigación

El objeto de la investigación científica busca obtener nuevo conocimiento científico, pero para ello necesita de método o métodos que garanticen el hallazgo de una verdad contrastable. «El objeto del conocimiento científico, de investigación, está constituido por los vestigios que plantean un conjunto de problemas epistemológicos implícitos en el tema de la investigación cuya resolución se persigue» (Desantes–Guanter & López Yepes, 1996: 135).

A partir de aquí tenemos tres términos, metodología, técnicas e investigación. El Diccionario de la RAE da el siguiente significado para cada uno de ellos.

Metodología: «conjunto de métodos que se siguen en una investigación científica o en una exposición doctrinal».

Técnicas: «Conjunto de procedimientos y recursos de que se sirve una ciencia o un arte»; «Pericia o habilidad para usar de esos procedimientos y recursos».

Investigación: «tiene por fin ampliar el conocimiento científico, sin perseguir, en principio, ninguna aplicación práctica».

La metodología ordena la investigación y la encamina hacia un fin, es «el procedimiento que se sigue para llegar al conocimiento de una realidad». Tiene que ser útil y flexible, pues su utilidad dependerá de la adecuación al objeto de la investigación. Dicha adaptación es la razón de la variedad de métodos,

tan diversos como son los acontecimientos o los procesos que se pretenden conocer (Suárez, 1977: 50).

Por lo tanto, el investigador planteará el objeto de investigación, imponiéndose a sí mismo ampliar el conocimiento científico sobre una realidad. Para alcanzar tal fin, tiene que saber cuál es la metodología adecuada y el conjunto de técnicas requeridas; habilidades, que debería conocer de antemano.

Cuando un investigador busca la verdad se plantea un objeto de estudio e inicia la investigación, habitualmente lo hace porque cree disponer de fuentes inéditas, desea revisar la verdad explicada porque la cree incompleta o incoherente o, simplemente, existe un deseo de aportar nuevos enfoques. Una vieja historia, puede convertirse en una exposición fresca, renacida. Y aunque, a partir de la temática seleccionada, relevante o no, lo importante es que nos enfrentemos a ella con oficio y con la sana intención de encontrar la verdad y transmitirla sin censuras. En definitiva habrá temas nuevos o nuevas percepciones. En cualquier caso, para la selección de la temática, los criterios habituales que impulsan al investigador son: el descubrimiento de lagunas en las investigaciones ya realizadas; la localización de fuentes inéditas y originales; que los trabajos estén desfasados; que la realidad de las cosas cambien, y se puedan impulsar enfoques nuevos; y criterios de interés personal.

Sin embargo, no es sencillo el planteamiento y selección del tema objeto de estudio. Relevante o no, ahora debemos fijarnos en los criterios de viabilidad. No solo marcados por la disposición de fuentes suficientes y pertinentes, ricas en datos; también por la disponibilidad de recursos económicos, materiales y humanos suficientes; por la formación adquirida; y, por supuesto, fe en uno mismo para alcanzar la meta.

Todo proceso metodológico se incluye dentro de un marco teórico, circunstancia que nos posibilita formular dudas y conjeturas, simplemente proponer hipótesis. En la investigación se plantean preguntas y se buscan las correspondientes respuestas, poder describir o explicar el porqué de las cosas, y a cada pregunta se le puede formular una hipótesis. El paso para resolverlas son las fuentes. Después llegará la explicación, la argumentación y el debate.

Podemos, como una premisa constante, plantearnos una serie de preguntas: qué, cómo, cuándo, dónde, etc. Es decir, el investigador, al seleccionar el tema de la investigación, tiene que ser capaz de articular una serie de habilidades:

- delimitar el objeto de estudio
- razonar el enfoque
- exhibir la viabilidad
- concretar y justificar sus límites temporales
- contextualizar y conectar, ningún estudio puede quedar aislado de las investigaciones de su misma área temática, nunca debe tratarse como una estancia estanca, todo lo contrario, estableceremos los nexos de unión
- articular un proceso de investigación
- manifestar el conocimiento y organización de las fuentes
- demostrar la maestría en el análisis de los datos

Ahora es imprescindible planificar el proyecto, concretando los cuatro conceptos elementales: tema (objeto de estudio), documentación (datos), metodologías y técnicas de investigación.

2. La planificación de la investigación

Un elemento básico, imprescindible, que no debe ser previsible es la planificación de la investigación, no es necesario concretar todos los pasos a dar de manera pormenorizada, tampoco debemos ser rígidos. Estaremos abiertos a aquellos elementos, positivos y favorables que nos obliguen a modificar tanto el objeto de estudio como la planificación. Debemos romper los modelos tradicionales basados en la recolecta de los hechos y la construcción del relato siguiendo una argumentación secuencial, cronológica.

La planificación permite saber por dónde transcurrirá nuestra investigación, adaptándonos a los problemas que puedan ir surgiendo. La planificación en sí misma se fijaría en tres aspectos: que se quiere conocer, como lo conoceremos, y comprobar lo conocido. «Ello conllevaría la previsión del conjunto de problemas relacionados a investigar, sus límites cronológicos y la inteligibilidad y justificación de ellos y la pregunta que hay que formular. El cómo articular una investigación habría de atender a las fuentes, la organización de la información,